

NOTAS Y COMENTARIOS BIBLIOGRAFICOS

LA GEOGRAFÍA URBANA A TRAVÉS DE DOS OBRAS SEÑERAS

1. GEORGE, P., *Précis de géographie urbaine*, Paris, Presses Universitaires de France, 1961, 279 pp.
2. BEAUJEU-GARNIER, J. ET CHABOT, G., *Traité de géographie urbaine*, Paris, Colin, 1963, 473 pp.

La geografía urbana representa, hoy más que nunca, la sólida base del urbanismo, el puente de enlace de pasado y futuro en la vida dinámica de las ciudades. Trabajadas fatigosa y despreocupadamente por muchas generaciones, las urbes modernas se enfrentan hoy a múltiples problemas de inadaptación que las acosan y frente a los cuales el ritmo presuroso de su crecimiento plantea un angustioso panorama para el porvenir. Los planes urbanísticos para ese mañana necesitan mirarse en la historia para captar las facetas de la evolución, a la vez que conocer a fondo la realidad actual para subsanar deficiencias y anticipar desarrollos. La geografía, en consecuencia, es el soporte de esa imprescindible información.

Felizmente, los últimos quince años han visto acrecentarse considerablemente el interés por las acuciantes cuestiones de las ciudades, en este siglo xx de extraordinaria urbanización del mundo. El geógrafo ha vuelto los ojos a esa realidad portadora de mil matices en el apoderamiento del espacio por los grupos humanos. Numerosas obras, en Inglaterra, Alemania, Francia, Estados Unidos, Brasil y otros países, traducen esa preocupación. Estudios particulares de diversas aglomeraciones ilustran sobre los variados aspectos de las funciones, vida e irradiación de los conjuntos urbanos. Al mismo tiempo, han aparecido compendios y tratados de carácter general, que orientan acerca de la problemática de una rama geográfica antes soslayada. En este último sentido y limitándonos a la bibliografía geográfica francesa, por su mayor accesibilidad de todo orden, no puede dejar de mencionarse el libro —diríamos pionero— de Lavedan¹, la pequeña obra maestra

¹ LAVEDAN, P., *Géographie des villes*, Paris, Gallimard, 1936 (2ª ed., 1959).

de concisión y justeza conceptual que escribió Georges Chabot para la colección Colin², y el intento de establecimiento de series urbanas. llevado a cabo por Pierre George en 1952³. Justamente estos dos últimos autores nos ofrecen ahora, en las obras señaladas al comienzo, una actualización y profundización de la geografía urbana. La importancia de esta *mise au point*, así como la conveniencia de una mayor difusión, nos lleva a extendernos en el comentario de las mismas, con la presentación de los principales asuntos que fijan normas de orientación y principios esenciales.

En su obra, P. George hace gala de su notable capacidad de generalización y su justeza en el manejo de los conceptos. No se trata de un encuadramiento sistemático de temas, sino de proporcionar —nos lo dice en el prefacio— una posición de las cuestiones esenciales y una orientación de investigación. Por otra parte, nos encontramos frente a un compendio que desborda el marco de lo geográfico y va dirigido también al urbanista y al sociólogo.

Puesto que se trata de las ciudades, hay que comenzar por destacar los alcances del hecho urbano en el mundo. Como reflejo de ello, en la introducción del libro confirmamos su extraordinario desarrollo. Más de 200 millones de hombres habitan en aglomeraciones de más de un millón; un séptimo de la población mundial (o sea 400 millones) vive en más de 700 ciudades de 100.000 habitantes. Universalidad del fenómeno, vigencia plena y creciente impulso en esta centuria. Universalidad, sí, pero universalidad diversificada, ya que tales centros difieren por la naturaleza del poblamiento, los niveles de vida, las actividades, las formas particulares de existencia... George insiste, entonces, en una tipificación que presenta grandes series urbanas y se inspira en las formas históricas de los procesos de urbanización: ciudades surgidas en una economía rural de cambios poco desarrollados, reducidos a operaciones locales sobre todo, con gran influencia del poder político en algunos casos, y jerarquía social simple; ciudades comerciantes nacidas de diversas fases de desarrollo de los intercambios en la antigüedad, en la edad media y en la época moderna, como categorías específicamente europeas y mediterráneas; ciudades comerciantes e industriales surgidas de la revolución industrial y del capitalismo, con gran diferenciación de tipos: ciudades de colonización, resultado de la expansión de las economías capitalistas de Europa occidental en los siglos XIX y XX; y, finalmente, ciudades socialistas, que responden a una forma original de organización de la producción, de la distribución y del equipamiento social⁴.

El capítulo inicial de la primera parte, utiliza los datos numéricos para caracterizar las formas y ritmos de urbanización. Sabida es la

² CHABOT, G., *Les villes. Aperçu de géographie humaine*, Paris, Colin, 1948.

³ GEORGE, P., *La ville. Le fait urbain a travers le monde*, Paris, Presses Universitaires de France, 1952.

⁴ GEORGE, P., *La ville...*, *cit.*, pp. 30-34.

gran dificultad que existe para establecer un criterio, aplicable en escala mundial, para diferenciar la población rural de la urbana. Los inconvenientes son prácticamente insolubles, asimismo, cuando se pretende comparar la urbanización de las diversas regiones del mundo basándose en las aglomeraciones menores, en las que se mezclan varias actividades y puede haber, incluso, un trasvasamiento positivo hacia el campo. Neto es, en cambio, el caso de la existencia de poblaciones con más de 100.000 habitantes, cuya proporción gravita incuestionablemente en un país. Por eso George propone representar simultáneamente en un gráfico o en una carta, esta importancia porcentual de las ciudades que alcanzan esa cifra, con respecto a la población total, y a la población media de estas ciudades para cada Estado. Análisis original, en el que las proporciones adoptadas permiten establecer tipos que asocian la urbanización a otras características: 1) Estados de Europa occidental, con porcentaje bastante elevado de ciudades populosas (25 a 40 %) y población media, en ellas, de 250 a 350.000 habitantes; 2) Países subdesarrollados, con porcentajes de 20, o menos del 20 %, pero con urbanización fraccionada (Yugoeslavia, India) o limitada pero afectada de gigantismo (Egipto, Brasil, China), es decir, pequeño número de muy grandes ciudades (media de 800.000 en China); 3) Australia, caso fuera de serie, con elevada tasa de urbanización y muy alta concentración: 55 % y 800.000, caso al cual se puede agregar el de Uruguay, con un 32 % en la única ciudad de más de 100.000 habitantes: Montevideo.

Hablemos ahora de ritmos. El aporte de los datos estadísticos aplicado a la evaluación de la población urbana, es más sugestivo aun cuando atiende al establecimiento de ritmos de desarrollo, es decir, a la evolución del poblamiento urbano, y de la población de cada ciudad o de cada grupo de ciudades, en un período dado. Un ejemplo: el crecimiento vertiginoso en América del Norte, donde la aglomeración de Nueva York, en 1950, tiene 155 veces más habitantes que la ciudad de 1901; sin embargo, la cifra de 10.000.000, en ella, se alcanzó hacia 1914, luego el ritmo decae y, en el último medio siglo, la superación es inferior al 30 %. Caso distinto al del oeste, en el que la urbanización ha llegado más tarde y Los Angeles, que no tenía sino 16.000 habitantes en 1850, posee 300.000 en 1910 y ha visto su población multiplicada por 15 en cuarenta años.

En fin, de esta aproximación estadística se pasa naturalmente al estudio directo de la evolución, como medio más completo de conocimiento de las ciudades. El capítulo segundo del libro primero aborda, pues, el origen de las urbes y allí cabe diferenciar a las europeas, de las ciudades nuevas sobre todo americanas, y de la eclosión reciente de las de los países subdesarrollados.

El material concerniente a la formación del cuadro urbano, incluido también en este libro primero, estudia a las ciudades en su vinculación con las condiciones naturales, como paso previo a los criterios descriptivos con que se aborda la forma, el aspecto y el desarrollo de las aglomeraciones. Vale la pena detenerse a considerar la estructura del

organismo urbano, capítulo importante que comienza con las formas de articulación de la ciudad (perfiles de densidad, continuidad o discontinuidad del espacio urbano, contenido de las masas edificadas, edad de las diversas fracciones). Es inapreciable la agudeza con que George encara la diferenciación del vocabulario alusivo a los variados constituyentes del conjunto urbano. Están, ante todo, el islote y el barrio, este último unidad de base de la vida urbana. Con sentido dinámico cabe establecer la génesis y el lugar del *faubourg*, que crece fuera de los límites administrativos de la ciudad, al principio impregnado de un sentido peyorativo y que es —originaria o jurídicamente— el barrio suburbano que escapa a las tasaciones y obligaciones de la ciudad, así como a sus privilegios y protección. Tal el concepto de nuestro suburbio, en español, el cual —como bien lo dice George— en período de fuerte expansión económica y urbana pierde progresivamente este carácter para convertirse, pura y simplemente, en una zona de crecimiento.

Pero, entonces, ¿qué denominación adjudicaríamos a esa otra zona, incorporada por el mismo proceso a las grandes ciudades, en un principio claramente rurales, pueblos o aldeas que acaban absorbidos por la gran urbe? En francés se habla de *banlieue*, como de otros tantos gérmenes de urbanización en los que la ciudad disemina una parte de sus actividades, sin unificación de la gestión y del ordenamiento del conjunto urbano que resulta de ello. En español, no tenemos término apropiado.

La *banlieue*, como sector rural englobado, está compuesta de unidades urbanas incompletas. Distinto es el caso de las ciudades-satélites, tipos urbanos de segundo orden colocados bajo la gestión económica y financiera de una gran ciudad, pero que constituyen un medio de vida permanente por su población y con autonomía en ciertos aspectos. La combinación de estos diversos centros poblados da, por un lado, la conurbación (agrupamiento de ciudades principales y ciudades satélites, caracterizado por la presencia, alrededor de ellas, de un anillo bastante extenso de tierras de cultivo, bosques o praderas); por el otro, la aglomeración (conjunto de ciudad, suburbio y *banlieue*). Bien entendido, la realidad es la aglomeración, cualquiera sea la situación administrativa.

Los procesos de desarrollo de las ciudades atañen, lógicamente, no sólo a aspectos demográficos sino también funcionales. La realización, espontánea o dirigida, de una verdadera zonificación, tiene sus implicancias netamente urbanísticas. El ordenamiento actual plantea problemas técnicos, en esencia los de circulación (vías de circulación organizadas, red de transportes, estacionamiento), costo creciente de los servicios públicos y condiciones de la construcción. Son dignas de leerse y meditarse las páginas que George dedica a la circulación general y local, como intento para solucionar la cuestión de la vida del barrio y su cuidadosa separación de las grandes líneas de circulación, ligado todo a la necesidad de un equipamiento que permita esa posición marginal.

Ente con un apoyo sustancial en el suelo que lo sustenta, sometido a condiciones naturales y a vicisitudes históricas, la ciudad traduce esto en su aspecto y en su estructura. Pero debe considerársela además como el asiento de una cantidad de actividades, cuya caracterización liga lo geográfico y lo sociológico con una fuerte imbricación, en la que sería ocioso establecer fronteras. Esta segunda parte del *Précis de géographie urbaine* aborda inicialmente lo relativo a la composición de la población urbana, en sus caracteres distintivos: edad, sexo y características de la natalidad y la mortalidad, con abundante ejemplificación. Conviene detenerse en el capítulo segundo, en el cual el tema del trabajo urbano es analizado en sus estructuras y vinculado inmediatamente a las funciones urbanas. La movilidad es rasgo destacable en la vida social urbana, el cual se estudia en el capítulo tercero. El último apartado —la ciudad y la región— destaca una ceñida síntesis de los principales lazos entre ciudad y campo.

El análisis de los matices del trabajo urbano, da lugar a una original y poco frecuente incursión temática. Es indudable que la gran industria y el comercio, son los favorecedores de la concentración urbana. Resaltan por su espectacularidad, pero recubren una serie de micro-actividades y, en resumen, la vida activa de las ciudades es siempre compartida por sectores de contenido muy diferenciado. Estructuralmente, cabe separar dos formas bien contrastadas: 1) La actividad individual, familiar o de grupo; 2) La actividad colectiva en empresas, o servicios públicos o privados, que emplean varios centenares o varios miles de asalariados. Esto último es lo específicamente urbano. Con todo —hay que subrayarlo— la concentración es más sensible en el financiamiento y la gestión que en el ejercicio mismo del trabajo. Pero —como agrega el autor— en razón de la presencia de grandes multitudes de consumidores y de un importante circuito de dinero, hay lugar, o al menos esperanza de lugar, para los trabajadores individuales, los cuales actúan para empresas diversas.

Un eslabonamiento inteligente de temas, distinto al habitual esquema de asuntos en geografía urbana, nos conduce ahora a un enfoque renovado de la aparentemente simple cuestión de las funciones urbanas. Nada puede desconectarse. Para George, la ciudad es lugar de implantación de actividades geográficas concentradas y, a la vez, un instrumento de la puesta en ejecución del potencial de actividades regionales y una encarnación de ese potencial. Es absurdo hablar de una función exclusiva porque aun la función comercial requiere proveedores y clientes. Además, en el conjunto de un país hay una confluencia funcional y las ciudades pueden diferenciarse o jerarquizarse según la repartición de funciones. Por eso, el estudio de éstas debiera hacerse en tres escalas sucesivas: 1) Funciones del conjunto urbano de un país determinado; 2) Funciones de cada ciudad; 3) Repartición de funciones en el interior de la urbe. Debe aclararse, sin embargo, que hay que distinguir estas actividades específicas, función de servicio regional, nacional o internacional, de las actividades cuya finalidad es simplemente asegurar las necesidades de la población urbana (servicios

públicos y privados, comercio de barrio, artesanado, industrias de la construcción con alcance local).

La movilidad de la población urbana es otro elemento a destacar, provocada sea por la inestabilidad del alojamiento, sea por las migraciones diarias de la población activa. En su esfera se incluye la evasión, por descanso y vacaciones, con sus problemas conexos del turismo de masa y la circulación.

La ciudad es, en fin, parte de un complejo, inseparable de un contorno. Hay que reubicarla en su contexto regional y ciudadano. Las relaciones entre ciudad y campo tienen muchos modos de manifestarse e interesan fundamentalmente a los efectos de llegar a la combinación que crean ambas, con sus interacciones de todo tipo. Temas de esta búsqueda de conexiones son: la formación de la población urbana, la dominación territorial, la recolección de productos brutos, el reclutamiento de la mano de obra, los servicios, el área de distribución de los productos comerciales, y la distribución de las inversiones y el trabajo: tipos diversos de lazos entre la ciudad y su contorno que, en definitiva, se expresan y se representan cartográficamente por ejes o líneas de fuerza que corresponden a vías de circulación y medios de transporte. De ahí la importancia de la red de transportes en la configuración de las regiones urbanas. A este tema se confiere particular atención en la obra de Breaujeu-Garnier y Chabot.

El *Traité de géographie urbaine* de Jacqueline Beaujeu-Garnier y Georges Chabot constituye una magnífica ampliación y actualización de la obra de Chabot, ya citada, aparecida en 1948. Sólo se aparta de ello el libro primero, que agrupa, en un intento de tipificación, las ciudades del mundo. En lo demás, los tres grandes asuntos conciernen a la metódica separación de aspectos, ya conocida, referentes a la actividad profesional de la ciudad (funciones) con el agregado del plan y extensión; a su vida privada, con su concentración, sus problemas espaciales, demográficos y ecológicos; en fin, a la recomposición del complejo regional, la interpenetración de ciudad-campo. Una extensa bibliografía final y a pie de página, aporta un valiosísimo elemento de trabajo para quien quiera ahondar en algunas de las facetas del estudio de las ciudades.

Un tratado de este tipo, destinado —como quieren los autores— a mostrar concepciones y métodos acerca de la ciudad, como elemento mayor de todo ordenamiento regional, se justifica cada vez más en nuestros días. Sin duda —lo dice la introducción— el fenómeno urbano es uno de los rasgos más llamativos de la civilización contemporánea, a partir del siglo XIX, cuando nace el gran movimiento de concentración urbana. Entre 1900 y 1950, la población mundial creció en un 49,2 %, mientras que la urbana lo hacía en un 228 %, tomando sólo en cuenta localidades de más de 5.000 habitantes. En la superficie terrestre, con un ritmo desigual según las zonas, esta urbanización se manifiesta especialmente en la constitución de grandes aglomeraciones: en 1960 había 1.413 de más de 100.000 habitantes y 71 de más

de un millón. Y eso se traduce en la existencia de espacios urbanos cada vez más vastos.

No existe, por supuesto, un término común, un cartabón uniforme para todas las ciudades del mundo. No hay límites a la diversidad. Sólo es posible intentar una descripción de grandes zonas de vida urbana.

Continente antiguo, densamente poblado, Europa se señala por la complejidad de su red urbana y la repartición muy amplia de sus ciudades. Latitudinalmente, quizá, pueden distinguirse las ciudades nórdicas, las de Europa central, oriental y mediterránea. Las condiciones naturales y la historia, han moldeado sus características y establecido sus diferencias. La U.R.S.S., vasta como un continente, muestra contrastes profundos entre la antigua Rusia, hasta los Urales, y las prolongaciones asiáticas. En la Rusia tradicional y, en general, en Europa oriental, se presentan juntos los pequeños centros urbanos de tinte rural y los más recientes núcleos industriales, poderosas aglomeraciones, a lo cual hay que agregar las consecuencias de la ola de urbanización reciente ligada a los efectos devastadores de la última guerra. Asia soviética incluye agrupamientos vigorosos que se destacan en medio de un paisaje a menudo hostil. En suma, a través de toda la U.R.S.S. se tiene la impresión de una transformación masiva, rápida y aún inacabada de la red urbana.

En América y Australia, con sus ciudades debidas a la iniciativa europea, cabe subrayar sobre todo la instalación, especialmente portuaria. Los principios que inspiraron la colonización en el norte y en el sur de América, así como la diferente evolución histórica y económica reciente, permiten distinguir tres dominios: ciudades de Australia, de América al norte del río Grande, y de América al sur del mismo río.

En África, al norte del Sahara, del mismo modo que en el Medio Oriente y en Extremo Oriente asiático, los aportes europeos han modificado, más o menos profundamente, a civilizaciones urbanas muy antiguas. Hay, en gran medida, una coexistencia de tipos que se traduce a veces en separaciones bien marcadas del espacio urbano. En fin, las ciudades de África, al sur del Sahara —conjunto con sólo 10 % de población urbanizada— son poco numerosas pero desempeñan un papel muy especial: son los únicos hogares con algunas industrias modernas y una función comercial preponderante.

Pasemos por alto las conocidas clasificaciones de las funciones urbanas: militar, comercial, industrial, cultural, de recepción, administrativa, política, con sus variedades y acumulaciones. A propósito de ellas conviene precisar la terminología de lo que, en español, llamamos posición y sitio, tema que se incluye al comienzo del libro tercero, referente al plan y extensión de la ciudad. Las exigencias de la función dirigen la posición de la ciudad y la obligan a veces a instalarse en condiciones particularmente incómodas; el emplazamiento preciso, topográficamente hablando, es el sitio. Este, en ocasiones, tiene limitaciones en su elección, por imposiciones de la función, pero más a menudo hay muchos lugares que convienen. El crecimiento de las ciudades

aumenta la necesidad de sitios y, en este caso, debe hablarse más bien de complejo de sitios.

El plano urbano es el marco donde se cumplen las necesidades de la función y se organiza la vida cotidiana. Responde algunas veces a exigencias del sitio; otras, a una tendencia y concepciones de los grupos: plan en damero, plan radioconcéntrico, ciudad lineal... La extensión de la ciudad lleva a la aglutinación, en unos casos, con crecimiento anárquico que supera los obstáculos, se orienta a veces en estrella siguiendo la red de rutas, absorbe los centros rurales y asume, en ciertas urbes, la forma lamentable de las villas miserias. Hay también la extensión polinuclear, con yuxtaposición de otros centros al ya existente.

En definitiva, los agregados de la ciudad, en su crecimiento, crean la *banlieue* (hortícola, dormitorio, industrial o de recreo) y la conurbación. Notable caso —que no se aparta de esto último— es el de megalópolis, término adoptado del ejemplo de la cadena de ciudades que ligan a Boston y Nueva York sobre 250 km, en un conjunto de 38 millones de habitantes: ciudades cada una con su particularidad e independencia, pero próximas y con espacios intermedios en cierto modo urbanizados. Hay que considerar también a las ciudades satélites y como realidad de límites prácticamente indefinibles, la aglomeración. Dentro de ésta, además de los espacios edificados con continuidad, deben incluirse otros, parcial o totalmente libres, reservados igualmente a la vida cotidiana de la población. Podría hablarse de zona aglomerada propiamente dicha, y zona de interdependencia, en la cual las actividades de tipo urbano dan un carácter común. La indecisión surge cuando pasamos a la zona marginal, donde la población practica géneros de vida urbanos, pero los criterios de definición son arriesgados. El perímetro de las compras, por ejemplo, puede extenderse más allá de los límites asignados a la aglomeración. Como afirman los autores para concluir, la aglomeración deja a cada elemento su personalidad: comprende, además de los terrenos edificados, los espacios verdes, los lugares de recreo, e incluso las huertas. Con todo, configura un primer estadio: hoy los problemas se plantean en escala regional.

El libro quinto, justamente, considera a la ciudad en la región. El cuarto, en cambio, se detiene en el problema de la vida en las ciudades: la concentración urbana, las cuestiones espaciales de crecimiento con el de la organización de ese espacio urbano, la circulación y los transportes, el aprovisionamiento, las características de la población (heterogeneidad, sexo y edad), salud y comportamiento social.

Para definir las relaciones de la ciudad con la región que la rodea, hay que partir de datos positivos y tener presente que tales relaciones se cumplen utilizando medios de transporte, señaladores concretos de la influencia de la ciudad. El principal medio de investigación son, entonces, las isócronas, es decir, curvas que unen los puntos que se pueden alcanzar en un tiempo dado, a partir de la ciudad. Permitían mostrar la irradiación de los mercados cuando la movilización era sobre todo a pie; hoy, se trata de establecerlas con los modernos medios

de comunicación: trenes, autobuses. . . Las isócronas deben ser completadas con la indicación de la frecuencia de los servicios y el precio de los mismos. Igualmente, en la actualidad los transportes individuales (bicicleta, automóvil) tienen plena vigencia para comprender, por ejemplo, los planos sociales en cuanto a la proximidad de la urbe.

La ciudad, regionalmente, desempeña ante todo un papel demográfico incuestionable. Temporaria o definitivamente recibe gente y, al mismo tiempo, envía sus propios ocupantes al exterior. Existe luego una tutela agrícola que se traduce, en primer lugar, en la propiedad de la tierra por parte de los habitantes de las ciudades; en el aprovisionamiento alimenticio que brindan los campos, frente a los cuales el centro urbano constituye una salida para los productos agrícolas; finalmente, la que se ejerce por la necesidad de productos del campo para mover las industrias ciudadanas.

La tutela comercial y financiera se refleja en matices interesantes. No se trata ya de considerar a la ciudad como compradora; es allí también donde los campesinos van a aprovisionarse de los productos que les faltan. El mercado urbano es, en suma, centro de intercambio de la región. Por otra parte, las condiciones en que se desenvuelve actualmente la producción agrícola han planteado los problemas financieros, y este tipo de tutela funciona, sobre todo, por medio de la organización bancaria. Toda una serie de establecimientos jerarquizan las responsabilidades: casas centrales, agencias, oficinas periódicas. La zona de influencia de un banco suele coincidir con el radio de acción de los mercados y depende también de la orientación económica y los sistemas de cultivo.

Otras formas de medir las conexiones de la ciudad con su región, se traducen en la tutela industrial, administrativa, médica, cultural, política y religiosa. Las relaciones de recreación sirven a este mismo fin, especialmente en el caso de desplazamientos de menor extensión: fin de semana, vacaciones breves, que suelen fijar una zona de acogida a quienes se evaden temporariamente de la ciudad.

Cada una de estas tutelas, separadamente, no pueden precisar la zona de influencia de una ciudad. Debiera hablarse, más bien, de zonas. En cada caso, por otra parte, hay que considerar los efectos que se superponen y se combinan, sin que estén todas necesariamente representadas. Obtendremos así un conjunto al que se extiende la influencia de la ciudad y define su región. En ella, el peso de la urbe es variable según los casos. Hay regiones que dependen estrechamente de su ciudad-centro; hay otras que se ligan muy laxamente. Por eso se habla de centralidad para distinguir estos grados: se trata de expresar en qué medida la ciudad ejerce sus funciones en el interior de la región. Todas las funciones no se toman en consideración: las funciones industriales, por ejemplo, desbordan ampliamente la región y lo mismo sucede en ciertas funciones comerciales. Se alude esencialmente al comercio de detalle y a los servicios. Algunas fórmulas se aplican a establecer esta gravitación regional. La delimitación de las zonas de influencia conduce, en suma, a definir la región urbana, es decir, aquella

que, alrededor de cada ciudad, vive en simbiosis con ella. El punto de vista regional representa aquí, pues, la insistencia en lo fundamental del espíritu geográfico, luego de detenerse en los aspectos parciales de una geografía general de las ciudades.

La obra de P. George, y la de J. Beaujeu-Garnier y G. Chabot cuyas tramas hemos presentado a modo de aproximación a la problemática urbana, contienen no sólo un denso tratamiento del fenómeno, urbano en sus variadas manifestaciones y aspectos, sino también incitaciones que es necesario trasladar al estudio concreto de nuestras ciudades. Su lectura es sumamente conveniente en nuestros países hispano-americanos, en los que el desconocimiento de la realidad urbana —salvo algunas excepciones— no permite en estos momentos una acción eficaz desde el punto de vista urbanístico ni las soluciones que una razonable previsión de esos problemas requiere urgentemente.

M. Z.

Las tierras áridas y el hombre. El reto de las tierras áridas de los Estados Unidos
Publicación N.º 74 (Versión Español), Washington, American Association for the Advancement of Science, 1963, 512 pp.

Un impresionante volumen, en una espléndida edición española publicada por el Mimeographing Bureau of the University of Arizona, de Tucson, nos trae esta serie de artículos referentes al problema de la aridez en los Estados Unidos, cuyo impulso editorial y dirección se debe a Carl Hodge y Peter C. Duisberg. Un análisis cuidadoso de los valiosos aportes que incluye, nos llevaría a excedernos dentro de las posibilidades de nuestro boletín. Baste decir que se presentan 23 artículos de otros tantos colaboradores, precedidos de un resumen interpretativo de Carl Hodge y, como culminación, una extensa bibliografía, de cerca de un centenar de estudios sobre la cuestión, en idioma inglés.

La mayor parte de la obra (pp. 1-442) contiene estudios, de la más diversa índole, sobre enfoques parciales del gran tema de la aridez. Los hay de tipo histórico, como el que responde, precisamente, al título de *Antecedentes históricos*, escrito por Ira G. Clark; o el de Richard Woodbury sobre *La adaptación del indio al ambiente árido*. Entre estas consideraciones de corte teórico, la progresión de artículos aborda primero las condiciones naturales, por ejemplo, en *Clima: causas diversas de la aridez*, por Ralph M. McGehe, y en *Los suelos en el oeste árido*, por Harold E. Dregne. Luego, se pasa a apreciar la presencia del hombre, entre otros en los capítulos referentes a *La aridez y la agricultura*, por Linton Gardner; *Los factores humanos en el desarrollo del desierto*, por Douglas H. K. Lee; *El desarrollo económico de las regiones áridas*, por Morris E.